

OCHO HISTORIAS ETNOLITERARIAS

ALBEIRO ARCINIEGAS MEJIA

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
INVESTIGACIONES, POSTGRADOS Y RELACIONES INTERNACIONALES
MAESTRIA EN ETNOLITERATURA
SAN JUAN DE PASTO, 2010

OCHO HISTORIAS ETNOLITERARIAS

ALBEIRO ARCINIEGAS MEJIA

Trabajo de grado presentado como requisito parcial para optar el título de
Magíster en Etnoliteratura

Asesor:
Mg. ALFREDO ORTIZ MONTERO

UNIVERSIDAD DE NARIÑO
INVESTIGACIONES, POSTGRADOS Y RELACIONES INTERNACIONALES
MAESTRIA EN ETNOLITERATURA
SAN JUAN DE PASTO, 2010

NOTA DE RESPONSABILIDAD

Las ideas y conclusiones aportadas en este trabajo de grado, son responsabilidad exclusiva de su autor.

Artículo 1 del Acuerdo Número 32 de octubre 11 de 1966 emanado del Honorable Consejo Directivo de la Universidad de Nariño.

NOTA DE ACEPTACION

Presidente del Jurado

Jurado

Jurado

San Juan de Pasto, Noviembre de 2010

RESUMEN

La obra literaria de quien realiza el presente trabajo de grado ha sido reconocida por críticos como Vicent Usó, Fernando Soto Aparicio, Ignacio Martínez de Pisón, Manuel Borrás y Gustavo Álvarez Gardeazábal. Ha merecido distinciones en Colombia y en España, donde se han publicado libros con editoriales de los mencionados países. Sólo para citar uno de los conceptos, Fernando Soto Aparicio, en el prólogo del libro 5-12, Operación Cauterio, escribe: “La mayor parte de las historias tienen una conexión geográfica –de esa geografía personal que construimos casi todos los narradores– y así Arciniegas nos mete en las calles solas y olvidadas de Santa Elena de Valdivia; también hay una relación entre los personales (...) y la idiosincrasia de las gentes (...) Albeiro Arciniegas, como todos los verdaderos narradores, ha entendido que un libro es un testimonio y que de alguna forma justifica el paso de su autor por esta tierra donde, salvo las creaciones del arte, todo lo demás es percedero y avanza hacia los oscuros salones del olvido”. Las ocho historias que forman parte del trabajo de grado siguen la misma línea de creación estética que las obras comentadas por Fernando Soto Aparicio. Son narraciones breves con un alto contenido etnoliterario, que se hace evidente a nivel del conflicto que recrean y con un manejo poético que hace parte del lirismo tradicional en la América Hispana. Cada una de las historias muestra una faceta distinta, tanto a nivel de la anécdota, como del lenguaje, en la búsqueda de planteamientos estéticos diversos, una de las características destacadas en la prosa del autor.

ABSTRAC

Literary work who does this work degree has been recognized by critics as Vicent Uso, Fernando Soto Aparicio, Ignacio Martinez de Pinson, Manuel Borrás and Gustavo Alvarez Gardeazábal. He has won awards in Colombia and Spain, where publishers have published books with the mentioned countries. Just to cite one of the concepts, Fernando Soto Aparicio, in the foreword of the book 5-12, Operation Cautery, writes: "Most stories have a geographical connection - personal geography that we built almost all storytellers - and Arciniegas and gets us into the streets alone and forgotten in Santa Elena de Valdivia, also has a personal relationship between (...) and idiosyncrasies of the people (...) Albeiro Arciniegas, like all true storytellers, understood a book is a testimony and that somehow justifies the move of the author for that land where, except for the creations of art, everything else is perishable and is moving towards the dark halls of oblivion. " The eight stories that are part of the thesis follow the same line of aesthetic creation that works commented on by Fernando Soto Aparicio. They are short stories with a high ethnoliterary, which is evident at the level of conflict that recreate and management is part of poetic li America Hispana. Each one of the histories as much show a facet different concerning the anecdote as from the language in the search of diverse aesthetic expositions and one of the outstanding typical in prosa of the author.

TABLA DE CONTENIDO

	pag.
INTRODUCCIÓN.....	8
EL PROFETA.....	10
LUZMILA DE MIS BÁRBAROS AMORES.....	11
EN LA ORILLA.....	15
SMEELS LIKE TEEN SPIRIT.....	16
PERRO QUE LADRA.....	20
LIMPIEZA.....	25
EL TAITA BUENO.....	28
SOLIMÁN.....	32
CONCLUSIONES.....	45
RECOMENDACIONES.....	46

INTRODUCCIÓN

La pregunta es siempre la misma: ¿Por qué o para qué se escribe? No importa tanto para quién, pues los lectores siempre resultan potenciales. El hecho de que alguien se dedique a escribir una historia, a pulirla, a repensarla, a reescribirla (que es la tarea central del escritor), a bucear entre líneas intentando generar poesía o efectos estéticos, es una situación que siempre llamará la atención. Se ha dicho mucho que se cuenta historias para satisfacer una necesidad humana que viene de siglos. Sin embargo, explicar el proceso creativo es tan complejo como intentar comprender las variaciones psicológicas que producen el sueño o el alcohol o, ¿por qué no?, los estados neuróticos que afectan al hombre. El proceso creativo, de alguna manera, tiene que ver con niveles del subconsciente.

Se escribe –para dar una respuesta de la calle– porque sí. Pero también se escribe para testimoniar el paso por la vida, para denunciar o criticar, para intentar abrir espacios nuevos en la comprensión del hombre. Algunos otros garabatean palabras porque intentan hacer arte, pero: “El arte es otra cosa. Ningún arte garantiza nada. El arte es sólo un chispazo que llega a encender un fuego, un intento que prospera”¹, sostiene el escritor argentino Dalmiro Sáenz. Es el mismo Dalmiro quien agrega: “Para ser escritor hay que escribir. Para escribir hay que tener ganas. Para tener ganas hay que tener ideas”². Lo demás es la magia. Aquel estado que unos llaman inspiración, otros trabajo, y otros, como Gabriel García Márquez, levitación. “La escritura –cuando habla de sus *Doce cuentos peregrinos*– se me hizo entonces tan fluida que a ratos me sentía escribiendo por el puro placer de narrar, que es quizá el estado humano que más se parece a la levitación”³. Así, pues, la manera cómo se concibe el proceso de escritura es múltiple, íntimo, personal, pero siempre lleno de vértices donde se enredan las teorías estéticas y los conceptos literarios. De todas maneras, hay una premisa que en cualquier época o concepción del mundo se respeta: la libertad absoluta del creador. Más allá de las ideas que se puede tener sobre ésta, es indispensable que el creador se sienta en uso de su libertad y que desate su rebeldía interior. De ahí surge el otro concepto, el de la rebeldía ante el mundo, como explicación posible que nos mueve a escribir, teoría esta muy defendida por, el hoy Premio Nobel, Mario Vargas Llosa.

¹ Sáenz, Dalmiro. *Cómo ser escritor*. Buenos Aires: Longseller, 2004, p. 5.

² *Ibíd.*, p. 4.

³ García Márquez, Gabriel. *Doce cuentos peregrinos*. Bogotá: Editorial La Oveja Negra, 1992, p. 18.

Las ocho historias que conforman esta obra pertenecen al género narrativo. Específicamente son siete cuentos y una narración poética (para llamarla de alguna manera) que por sus características pueden ser clasificados como textos etnoliterarios. Aunque aquí debemos formular una pregunta: ¿Toda literatura por presentar dramas humanos, no conlleva en sí un sentido etnoliterario? Y acaso cuando se habla de etnoliteratura, ¿no estamos cayendo en una redundancia?

Es una discusión que debe quedar en el ambiente. Lo que las historias de esta obra recrean son conflictos universales: el amor, la muerte, la tribu, el poder, el odio, la injusticia, una manera de tomar los temas de siempre, pero a través de una visión que, se considera, es distinta, primeramente, a nivel de la historia y, luego, por el ejercicio de la escritura.

¿Lo etnoliterario? ¿Si alguien oculta su apellido u olvida sus orígenes de sangre como ocurre en 'El Profeta'? ¿Si hay un amor contrariado por razones de raza? ¿Si un esclavo algodonero no logra escapar de sus amos porque está preso en una especie de historia sin fin? ¿No es una manera de revelar el drama humano del hombre enfrentado a sus congéneres, a los complejos sociales que devienen de la raza?

De eso tratan estos cuentos.

EL PROFETA

Al principio se asustó. Después se acostumbró a él y lo llamó el Profeta. Un duendecillo de barbas largas y amarillentas, cabellos finos y ensortijados; aparecía siempre en medio del sueño con un mensaje futurista.

-¡Manuel, despierta! Hay un incendio en tu taller –le dijo alguna vez.

Despertó, fue al taller. Una vela volcada estaba a punto de originar una tragedia.

Manuel tenía un hermano gemelo, Rodrigo, el cual, era justo, solidario, honesto, lo que el común de la gente conoce como *una buena persona*, mientras Manuel era lo contrario.

Con los anuncios del Profeta, Manuel ganó la lotería y apuestas de toda clase que le permitieron convertirse en un portentoso hombre de negocios.

Un día descansaba recostado en una mecedora, tomando los rayos del sol. Con el calor se durmió, entonces apareció el Profeta y le dijo:

-Te he dado bastante. Justo es que, a cambio, te pida un pequeño favor. Pues bien. A pocas cuadras de aquí vive un hombre, lo acusan de instigador de indios contra el régimen. A las cinco de la tarde lo matarán. Un tiro en la cabeza, si tú no lo previenes. Ve y previénelo.

Despertó rabiando. Eran las dos. “Si es un indio que se pudra”, pensó. “¡Hablar mal del gobierno! ¿Qué está pensando el insolente?”. Las tres. “¡Qué se joda!”. Las cuatro. Procuró olvidar el asunto. Cuatro y media: lo había logrado. Un poco más y las cinco. Sonó el timbre. Abrió la puerta. Asustado, tropezando las palabras, un muchacho dijo:

-¡Mataron a Rodrigo!... Un tiro... en...

Cerró la puerta. Sintió que una masa caliente, quemante, le perforaba la frente, a tiempo que el reloj de su brazo se paró en las cinco en punto y cayó para no levantarse jamás.

¡Qué ironía! Manuel había olvidado que su sangre era Chingal. Manuel Chingal. De los Chingal de Santa Elena. Auténticos indios de los Andes. Además de que el muerto era su hermano.

LUZMILA DE MIS BÁRBAROS AMORES

De los viejos emigrantes que poblaron el Valle del San Juan, a finales de la década de los cincuenta, don Segundo era un negro de cabello ensortijado, labios gruesos y patillas abundantes, que decía “truje” en vez de traje y que suministraba leña en las fincas de los grandes hacendados. Su hija, una muchacha, bien torneada, de ojos negros y redondos, Luzmila Campos Duarte, “pa’ servirle a *uste* y a su familia”, como decía la mulatita, cada domingo ingresaba por el portalón de madera, saludando con la voz quedita, como temerosa de soltar una palabra; se bañaba las oscuras pantorrillas y los pies en una fuente. Generalmente, don Segundo guardaba sus pertenencias en un granero al fondo del jardín.

El leñador vendía quesillos empacados en hojas de bijao, como le llama la rudeza campesina a unas hojas verdes y pulposas que abundan en la sierra.

Luego de encargar sus pertenencias, el negro se internaba por las calles de la vieja Santa Elena de Valdivia.

Al cabo de seis horas regresaba, recogía sus trebejos de pobre, a su hija Luzmila, y retornaba al rancho: una casita de madera en el Valle del San Juan.

Al domingo siguiente se repetía la misma historia. De tal manera que la presencia de Luzmila Campos Duarte empezó a alterarme demasiado.

Sin que nadie lo notase, llegaba hasta la ventana de mi cuarto y la veía bañarse en el agua cristalina de la fuente, ubicada en el jardín.

A veces, ella me devolvía la mirada, tímida, cargada de un silencio tierno, y yo le sonreía ligeramente.

Una vez, la mulatita se atrevió y me dijo:

-¿Tenés hambre? –me ofreció quesillo fresco, la mercancía que los humildes campesinos vendían en el mercado. El manjar me volvió loco—. Eso me gusta –dijo ella.

No hay prueba que demuestre la existencia de las fuerzas superiores que devienen de la sangre. Sólo que ante la presencia de Luzmila Campos Duarte mi capacidad amorosa se inflamaba, resultaba odioso tener que aceptar que me habría matado si ella con un gesto, una sonrisa, me lo hubiese sugerido.

Un día dijo:

-Eres guapo, Marcelino.

Desde entonces, Luzmila Campos Duarte comenzó a regalarme piñas silvestres, *Manzanitas de Belén*, mortiños y moras de Castilla que cosechaba entre los densos matorrales.

El paso del tiempo contribuyó a que mi amistad con la linda mulatita se volviese profunda; mi madre la estimaba y mi padre le compraba sus quesillos.

Una tarde, Luzmila me contó que Adelaida Duarte, su madre, una mujer blanca, tuvo que parirla en el galpón de una finca. Experiencia difícil. Creció alimentada y protegida por ella, ya que don Segundo trabajaba en los socavones del Filón de Urbina. Eran los años cuando la explotación esmeraldera había entrado en decadencia.

Luzmila, mientras tanto, se veía rodeada de rebaños de ganado y hombres rudos y mujeres largas, que vivían en las riberas de un arroyo de aguas amarillas que reverberaba entre piedras colosales. Cuando murió su madre –la mató una neumonía– don Segundo la llevó al Filón de Urbina; en las minas conoció el esfuerzo de unos hombres que mojaban la tierra con su sangre, a cambio de unas cuantas esmeraldas.

Una niña todavía cuando la vida le mostró su lado amargo. Sin un centavo para mitigar el hambre o protegerse del frío y sin importar la rudeza del trabajo, no le quedó otro camino que hundirse en los oscuros socavones. Se levantaba a las cinco de la mañana para regresar a las siete de la noche y tenderse entre mantas viejas, olorosas a orín, llenas de pulgas.

En tal sentido, la historia de los mineros era idéntica: mujeres, hombres que murieron agotados por las inclementes jornadas de trabajo, campesinos famélicos que, a causa de las emanaciones tóxicas, caían fulminados bajo los escombros de pizarra.

Después –y con las minas reducidas a un montón de ceniza que irritaba los ojos– sin la prosperidad de los mejores años, Luzmila y don Segundo, que no querían ser aplastados por el hambre, tuvieron que dedicarse al comercio de quesillos. Don Segundo, además, suministraba leña en las fincas de los grandes hacendados.

En los años de mi liberación definitiva, cuando mi padre decidió abandonarnos para siempre –se largó con una puta de la calle Paraguay– don Segundo, casi a diario, pasaba por la casona del sector de Peñaranda y se enfrascaban en largas conversaciones con mi madre. Nunca supe de qué hablaron. Ensimismada –síntoma del sometimiento patriarcal– mi madre se limitaba a articular palabras que reflejaban el tedio y la amargura que habían marchitado su semblante de por sí ya envejecido.

Un día, Luzmila Campos Duarte, llegó vestida de blanco de los pies a la cabeza.

-¿Me acompañas? –dijo–. Quiero bañarme en la cascada.

Subimos por una loma de eucaliptos y nogales.

Era la hora incierta cuando el tiempo parece detenido y las sombras se proyectan indecisas sobre el eje meridiano de la tierra. Nada parece más quieto, entonces, que la serena placidez de los trigales; la claridad del mediodía se esparce dando brillo a los pedrales. La vegetación de ramas abundantes se llena de blancos resplandores. Y, en las chagras de los viejos campesinos, cargadas de mazorca de dorado fruto, las hileras de maíz acompañan con las secas cañas la ligera musicalidad que impone el viento.

A dos kilómetros, y en medio de las lomas que rodean a Santa Elena de Valdivia, la cascada se convierte en un tranquilo paraíso. El rumor del agua clara allá, en el fondo de una hoyada donde medran los hierbales frescos; el viento silabeando entre las ramas afiladas de los grandes eucaliptos.

Descendimos entre peñas agarrados a las formas del relieve. Gotas de sudor bañaban la piel acanelada de Luzmila.

Media hora –tal vez menos– y llegamos a una planicie inundada de flores amarillas y rosadas, rozagantes, blancas, como perlas diminutas esparcidas en la hierba. Piedras pulidas y redondas, esbozaban siluetas de ciudades y fortalezas milenarias en la sólida estructura de una peña.

Algunos peces serpenteaban en el agua.

-¿Nos bañamos?

-¿Por qué no?

Se desnudó; impoluta, blanca, la tela del vestido, se enrolló, cayó a sus pies. Ébano en los muslos. Un pedazo de la noche, el vientre firme. Las robustas pantorrillas de un vigor montañero. Tenía los senos grandes y las nalgas duras. La nariz, chica, respingona. Y los ojos, líquidos, profundos.

Se deslizó con la gracia de un delfín, moviendo apenas la epidermis del estanque. Yo me despojé de los zapatos, la camisa; hundí mi cuerpo en la frescura de las linfas: el agua estaba deliciosa. Lentamente, la rodeé, la acorralé, sin brusquedad, como un delfín sigue a un delfín, sin aspavientos.

Minutos después, ella salió del agua; yo también emergí de la corriente, avanzamos hacia un montículo de arena. El sol estaba radiante. Nos recostamos bajo la sombra de la peña. La brisa sacudía las ramas de los altos eucaliptos y los pájaros volaban en círculos concéntricos. Confirmé que el tiempo se había detenido. Luzmila descansaba frotándose los muslos, las robustas pantorrillas. En ese momento, me aproximé. Con la palma de la mano recorrí su piel sedosa, lisa, de venas palpitantes; ella me esquivó ligeramente.

-Estás temblando.

-No –me dijo ella.

-¿Tienes miedo?

Sonrió.

-¡No seas un tonto!

El calor era agobiante. La cascada murmuraba entre los densos matorrales. Y los pájaros chillaban en las altas frondas de un verdor resplandeciente.

-Bésame la espalda –dijo ella.

Al dar la media vuelta, la ropa interior se recogió dejando al descubierto la piel, tirante, suave. La carne lubricada por el agua tenía adheridos algunos corpúsculos de arena y ciertos vellos se erizaban en la curvatura de las nalgas.

Sin voluntad, como impulsado por una fuerza desconocida, posé mis labios en el cuello; ella soltó un gemido doloroso. Con la punta de la lengua, enceguecido, recorrí parte de la espalda; el jadeo se hizo más denso. En un arrebató delirante, abrí su boca... sí... me dejó introducir la lengua en la cavidad húmeda, caliente.

-Me gusta.

-A mí también.

-Me encanta.

-A mí también.

-Te quiero.

-Yo también.

-¡Sigue, sigue!

Después de una pausa que fue como un bostezo:

-¡No se lo digas a nadie! –dijo ella.

-¿A quién se lo voy a decir?

-A tu madre. Eres un niño.

-¡Dios!

Me había ofendido. Y ella tenía miedo.

Cuando miré la aureola dilatada de los senos sentí que no era nadie. Casi sin pensarlo, le chupé los promontorios de color azafranado; ella, vencida por una turbulencia nueva, delirante, extraviadas las pupilas, no pudo detenerme. Se entregó; me suplicó que no acabara.

A los pocos minutos, un pájaro volaba en la distancia de árboles frondosos y cañones verdes y desnudos. El pájaro se confundió con el color de los matorrales y las cañas que crecían en las húmedas orillas.

Luzmila dijo que un caballo le causó una herida.

-Me dejó esta horrible cicatriz.

Delicadas, suaves, las manos señalaron el lugar. La cicatriz tenía la forma de una media luna. Yo pensé que era perfecta –en el talón, no se miraba a simple vista– y también pensé que acababa de lastimarla nuevamente, pero esta vez, allá, en el alma.

Ella dijo:

-Es un secreto.

Era un secreto. No sé si se refería a la cicatriz o a nuestro amor. ¿Por qué mi madre no debía enterarse?

Las semanas siguientes tuvimos relaciones en el silencio de la casa, en el solar que queda al fondo del jardín y cerca del granero; otra vez, en la cascada, en los potreros, comiéndonos la miel a picotazos, como locos.

Un día llegó don Segundo.

-Mi chinita se largó pa' Monte Verde.

Con la expresión se refería al distante Monte Verde, en el centro de la cordillera andina; escuché que mi madre lamentaba la noticia. Una punzada dolorosa me cortó el aliento; llorando, me refugié en el oscuro rincón de la casona, una especie de ático en el segundo nivel que, en otras ocasiones, había servido para ocultar mis penas.

Luzmila de mis bárbaros amores. Te lloré, durante largo tiempo, te lloré, como a ninguna, y no volví a tener noticias tuyas.

Creo que, desde ese día, don Segundo tampoco regresó por Santa Elena de Valdivia.

Meses después ingresé a estudiar en el Colegio Loperena y conocí a Rubén Osorio, Tirso Rueda, Luis Vanegas, 'Consultica', el parche malo del sector de Peñaranda. Años de fútbol y de cine y de negro fervor adolescente. Volví a enamorarme, de Margarita Barragán, Paquita Ramos, a llorar por el despecho de las nuevas experiencias. Y aprendí que la vida era una farsa. Es ingrato el corazón humano, muy ingrato. Y Luzmila se esfumó como una nube.

EN LA ORILLA

El sol caía vertical, a plomo. El agua reventaba contra el lomo de la balsa y Toby, un negro cimarrón, nervioso, se aferró a los troncos amarrados con bejucos. "*Kamby Bolongo*,"* pensó en su lengua nativa que, en ese mundo extraño, era como pensar en nada. Se encomendó a su Dios –Toby pensó que no tenía salida– mientras el agua inapelable lo conducía hacia los rompientes. El río era espeso y hondo, con feroces remolinos emergiendo del caudal violento. Bajo el peso de su cuerpo, Toby sintió que los troncos comenzaban a ceder; se rajaban como una estructura pegada con saliva. El negro, desesperado, miró la orilla serpenteante, las palmeras y las rocas pulidas y redondas; tenía los ojos inyectados, llevaba una franela roja y un pantalón blanco de esclavo algodónero. Se sacó la franela y la estrelló contra el azul del viento; luego levantó los brazos y empezó a nadar. La balsa, giró sobre si misma y se estrelló de frente. Toby sintió que el agua se le metía en los ojos; dio un bufido sordo y arremetió frenético. Sabía que cada brazada era una cuota de angustia que le pagaba, a la libertad, a la vida. Cada instante más cansado, se raspó el brazo derecho en un tronco que giraba en las parduscas aguas envolventes. Faltaba algo así como doce metros y la cabeza, por la falta de oxígeno, le daba vueltas.

Indiferentes, en la orilla, las palmeras se mecían agitadas por la suave brisa que soplaba del norte. Y él, como eludiendo el cansancio, pensó en los bohíos de su tierra, en su gente, en las morenas de carnes redondas, gráciles. Sacó energías de flaqueza y los brazos comenzaron a responderle, inopinadamente. Ya podía sentir las piedras, el piso, la arena; se agarró de unas ramas y salió como impulsado por el ímpetu de un delfín. Exhausto se dejó caer en la orilla. Se recuperó unos segundos. Oyó que unos perros ladraban furiosos. "*Kairama*,"* se dijo. Alcanzó a volver la cabeza, en el momento cuando un negro cimarrón, en mitad de la corriente, se sacaba la franela roja y la estrellaba contra el azul del viento, antes de que la balsa chocara de frente. Entonces comprendió que era tarde, no tendría fuerzas para llegar a la orilla... donde aguardaban los perros furiosos...

*Rio Gambia

*Paz

SMEELS LIKE TEEN SPIRIT

*“Raza de Caín, sube al cielo,
¡Y arroja a Dios sobre la tierra!”*
Charles Baudelaire.

Up whit the drugs and kill your friends.
(Arriba las drogas y mata a tus amigos)
Nirvana.

Sí, éramos la generación del *Punk*. Colección personal, tarareando (*my love. I'm the hell*) los grupos y artistas de moda, *Nirvana* y *Neurosis*, *Delirium*; la lista interminable, *Aerosmith*, *GunsN'Roses*, *Marilyn Manson*, *Jonathan Cain*, *Magma Carta*, el *Heavy Metal* atmosférico y melódico con *Djam Karet*. Las notas pesadas de *Liturgia* y de *Calvarium*, lo último de *Pink Floyd* y *Polimorfia*. Así éramos nosotros. Y, sin embargo, Beto Zuluaga era un tipo cabal y cumplidor como cualquiera: leía con avidez los cuentos de Edgar Allan Poe (se los creía) las novelitas del caleño Andrés Caicedo y todo marchaba sobre ruedas hasta ese día cuando Marisolcita Aguirre se le apareció en el camino con su carita de ángel y él supo que estaba enamorado y que la vida se le terminaba de joder.

El muy sollado –la imagen más incongruente en el espejo roto de la puta vida–. ¿Lo del mete? Una manera de calmar nuestro vacío existencial. Beto Zuluaga el más tropero. Se había llevado dos muñecos. Yo perica, de la *full. Hierba Mala*, cantidades.

-Ver el miedo en los ojos de la víctima –decía Zuluaga. De película. Tremendo. Afirmando que Dios era homosexual, para concluir después que Nietzsche también era un invento y que nuestra manera de filosofar la reflejaban *Camelot* y *Djam Karet*. Sí, más enredados que un montón de anzuelos. *Smeels like teen spirit. We love you courney*. Entre el Nirvana y el Paraíso, el goce hedónico.

Beto Zuluaga vivía en una casita del sector de Peñaranda y usaba pantalones ceñidos, color negro; la chaqueta negra, con largas correas enchapadas en metal. Kurt Cobain, en la camisa. ¡Más seguidores que Cristo, carajo! ¡Más Dios que el mismo Dios! La imagen es todo: obedece a la perica. Últimamente a Dios lo vendían en latas de supermercado.

Antes de lo pensado, Marisolcita Aguirre ingresó en el Club de Chicas *Night* de Ricardo Bandeira. Fue un día memorable. Jamás “*El Barón Rojo*” volverá a mirarse tan repleto de gente de mirada trémula y lasciva, jamás la vida volverá a contar con su motivo de alocado arrobamiento. Tenía entonces diecisiete años y era hermosa, como sólo las mujeres pueden serlo en los albores de la edad primera. Recuerdo sus cabellos negros y los ojos miel, la piel lúcida y tersa; la sonrisa blanca y plena; el hablar pausado y suave. La blusita de algodón sobre los pechos y la falda de un color naranja, ciñéndole las piernas. (¡Ah, el peligro que encierran dos buenas piernas para dar malos pasos!, como decía Beto Zuluaga). No terminaba de graduarse como puta encorsetada, cuando ya los hijos de la gran perrada, los arrechos de la vida breve, nos habíamos mareado con su aroma.

-Una mujer como esa es un castigo de la vida –dijo uno de los tomegolas, en el Café de San Isidro.

-*Appetite for destruction* –argumentó Beto Zuluaga–. *She’s a very sexy girl.*

-¡Oh, yes! ¡Fenomenal! ¡*She’s a demon!* –dije, para no desentonar.

El martirio en una cama; inspiraba un sentimiento ambiguo, entre el amor y el miedo. Conocía los secretos de las putas refinadas; nada de artificios vanidosos. Simplemente, una puta de los pies a la cabeza. Profesional, en todo el sentido de la palabra.

Yo la busqué una noche de perica y amargura. Había terminado con una de las tantas niñas que amé sin ser correspondido. Y en sus brazos encontré el olvido. La sabiduría infinita de volver recuerdo lo que de otro modo nos ensopa las entrañas.

Lo de Beto Zuluaga fue un error que pagó caro. Siempre vivió enamorado de ella. La quiso suya. Siempre suya. Le dijimos que eso no podía ser, que era un imbécil y él, no se preocupen, muchachos, y nosotros, carajo, ¿es que no entiendes?, y él más bruto que nunca, como si el cerebro se le hubiera atrofiado, que lo dejaran de joder, carajo. Eso nos dijo.

En algún rincón del alma, todos guardamos un asesino; lo cual –sin apelar al pesimismo– significa que todos, en cierto modo, estamos hechos de la misma mierda fétida y hedionda. Y nada de meterle dosis de moral, o melindrosos aspavientos de curita. ¿Acaso no somos el fruto de una puerca sociedad emputecida? Pero aceptemos las palabras del filósofo pendejo y acudamos al cinismo: *somos el paradigma de la sociedad moderna. De la gonorrea de Dios. Del mundo. De la más puta de las suertes. De la nada.*

El día cuando encontraron el cadáver de Marisolcita Aguirre, con la roja puñalada bajo el vientre, supe que no estaba equivocado. Uno de los tomegolas llegó con la noticia:

-Le cortaron la zorrita.

-¿Qué? –me sorprendí.

-¡Se la partieron!

-¡Ah! ¡No puede ser!

-...

-¡Maldita sea!

Vino el dolor.

Por la Plaza “Alfonso López”, corrí como un demonio. La cabeza me silbaba, como un trompo, y yo quería perderme en lo profundo. Pálido y maldito, como Satanás, y resentido. Con el aspecto de un loco arrebatado, llegué a mi cuchitril –un cuarto de alquiler en una esquina de la Calle Tenerife–. Allí, me refugié; vino la crisis. Vomité sobre la almohada. Me metí dos pepas; cuatro, no podía soportarlo. *Smeels like teen spirit. We love you courney.* ¿Y a esta mierda le llamamos vida? La obligación de inventar un pretexto diario para no matarse. *¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!, tú que en el corazón de las putas enciendes el culto por las llagas y el amor a los trapos, báculo de exiliados, lámpara de inventores, confidente de ahorcados y de conspiradores. ¡Oh Satán, ten piedad de mi larga miseria!* ¡Qué grande Baudelaire! El negocio de la luz eterna. Sea hecha la luz. Y la luz quedó hecha. Y vio Dios que la luz era buena, y dividió la luz de las tinieblas. Pero yo prefiero las tinieblas. *Sorrowful.* ¡Qué otros se queden con el Cristo! *Grief.* ¡Gloria a ti, Divino Satanás, en las alturas!

Marisolcita era mi dulce, mi poema. Un pajarillo tierno que se arropa con cariño. Me imagino que ese día el asesino llegó hasta “*El Barón Rojo. Un sitio de café con piernas*”, como pomposamente lo anunciaba el carioca Ricardo Bandeira (do Brasil, carajo).

El asesino se sintió colérico, pues Marisolcita estaba en su trabajo. Lo ignoró. El día anterior se había revolcado con él y, esa noche, lo ignoró, se hizo la muy. “*Se paga caro hacerse la muy con un oscuro tomegola*”. Ley. Mandato del creyente. *Sorrowful.*

Es probable que el burlado deambulara por los lados del Café de San Isidro, renegando de su suerte, mascullando los pedazos de su rabia. Sí. Debió consumir perica hasta la madrugada y, luego, en la oscuridad podrida y maloliente de las seis de la mañana, lo planeó, hasta el mínimo detalle. Calculó la hora de entrada y de salida (siempre hay una hora de entrada y de salida para todo). Esperó que concluyese su trabajo. La llamó por teléfono y le pidió una cita, le dijo que exigía una explicación, que no podía ser rechazado. Ella le dijo: “Espérame cerca de la glorieta, en la Avenida Siete de Agosto”.

¿Lo demás? El asesino, esa noche, debió aguardarla, impaciente. Contando los minutos. Cuando la miró aparecer con la faldita clásica de “*El Barón Rojo*”, apenas bañada por la luz de las estrellas, las manos le empezaron a temblar.

-*We love you courney.*

El tipo, la saludó, cortés, y ella le dijo:

-Es la última vez que habló contigo.

Me imagino que el asesino se negó rotundo. Le imploró; le suplicó con mil razones.

-Me duele, pero debes entenderlo.

Una muralla. Fría. Calculadora.

-No confundas el amor con la emoción de la catreada.

-¡Cállate! –gritó, dolido, no podía soportarlo (su lenguaje) y ella, por primera vez, miró el destello rojo en las pupilas del maldito.

-¡No, por Dios! –gritó. Pero era tarde. El cuchillo, cual relámpago brilló en el aire y el silencio se hizo eterno. El asesino debió correr, como buscando, el aire, la salida.

A los pocos minutos, sintió las garras del remordimiento; un odio a Dios, a lo tangible. Un odio ardiente y visceral. Un odio oscuro y ponzoñoso, como plomo derretido en el cerebro.

Al día siguiente, apareció el cadáver. El escándalo, primero; luego supe –lo escuché en la radio–, que llamaron a la Estación de Policía, que Beto Zuluaga apenas se recuperaba de un guayabo inclemente, cuando fue detenido por la fuerza pública. En su poder encontraron un pañuelo verde y un reloj de pulsera marca *Mido*. En la Corte, no aceptó ni negó nada. No logró explicar cómo aparecieron el pañuelo y el reloj de la muchacha, en su bolsillo.

Para mí fue muy difícil. Beto Zuluaga era mi amigo. Un confidente. La última vez que lo visité en la cárcel de la vieja Santa Elena de Valdivia, el tomegola dijo lo siguiente:

-*We love you courney*. Hiede a espíritu juvenil en todo caso.

-Sí –le dije.

-Yo no la maté. Lo sabes.

Yo guardé silencio.

-Tú lo sabes –repitió. La mirada cargada de reproches.

Sonreí.

-Hiede a espíritu juvenil en todo caso.

-¡A mierda! –me escupió en la cara.

Me callé.

La luz grisácea de la tarde se cuajaba en la distancia; me empañaba la mirada. No he querido regresar por el presidio. También traigo mis muñecos en la cuenta y un odio a la pureza de la vida. Marisolcita ya no existe. Y, sin embargo, como testimonio del amor que le tuve, guardo el puñal, rojo de sangre, el último recuerdo de esa noche imperdonable.

PERRO QUE LADRA

Torero sin faena. Lo vi entrar como si buscara la muerte. Y aunque lo había conocido en el Cruce de Tres Caminos, ya no recordaba su nombre. Es más: no me interesaba. Rosalbita Domínguez se perdió. Se la tragó la vida. Para mí era caso cerrado.

-Brandy, que traigo la sangre caliente –gruñó en las negras y roñosas barbas de Emilio, el viejo cantinero del pueblo.

Coqueta y vestida de verde, una rubia se acercó y le dijo:

-Ya, siéntate, que nadie quiere pelear esta noche.

El cantinero sirvió la botella. Dos soles de sombra en los ojos. Zamora pareció calmarse. Estampó un beso en los labios de la rubia, le dijo que podía sentarse a su lado. En algún rincón del estanco, un golpe de franela destripó una mosca. La estrelló contra el cristal de una ventana.

El compa' Mendoza, un borrachín sempiterno que solía bajar de San Martín de Fuka y que, desde la puerta, se anunciaba gritando: "Un disco de Julio Jaramillo", chilló, envalentonado de mala manera:

-¡A mí lo que me sobra es plata! ¡Y es para gastarla en mujeres y vino!

No muy lejos, cerca de la barra, un tipo de mirada taciturna, como si hablara consigo mismo, murmuró entre dientes:

-Definitivamente en esta vida no hay deuda que no se pague.

-Ni plazo que no se cumpla –dijo, a su lado, el que le acompañaba.

El sonsonete del cantante no dejaba de insistir en que *Tu amor fue un trago amargo en fina copa que me dejó un sabor a desengaño*, y luego, *Cantinero un trago doble y una guitarra que lllore porque así se le canta al despecho*, para concluir después con la peor de las letras, *Ayer la vi allá en el bar y vi dolor en su mirada fría...* Una tras otra, las mismas historias. *Bohemio y galán. Los diez mandamientos.*

Emilio, el cantinero, agachó la cabeza, como presintiendo. Eran las diez de la noche.

La primera impresión manda, y él me cayó bien. Su carácter de campesino bueno. El cabello corto, y la herradura en la frente. 'Una cicatriz, pensé, ganada en los trabajos de la ruda vida'. Él, como sombra, en su viejo caballo; y yo en la senda del camino, meditando.

-Compadre, ¿queda lejos Pueblito Mejía?

-Voy para ese nido de amarguras.

-Deseo tomar una cerveza.

-Yo también.

Y así nomás, nos hicimos amigos.

-Soy el menta'o Zamora.

Le apreté la mano, nervuda, callosa.

-Puede decirme poeta –le dije.

Recuerdo la tarde luminosa y ambigua; el sol, inmóvil, redondo, apenas cubierto con nubecillas ligeras, un vientecillo cortante movía los carrizos, los verdes espinos. Sentía que el calor me quemaba la frente.

Llegamos al Bar Alcalá. Pedí una cerveza. Zamora dijo que era arriero y que estaba de paso. “No es este un lugar para mí”. En el Bar, atendía Rosalbita Domínguez. La china más hermosa que humanos ojos vieron.

Por entonces, mis primeros escritos habían aparecido en periódicos de la nación y yo gozaba de un prestigio creciente. Me consideraban uno de los poetas malditos. Ocurrencia de la crítica. Los miserables críticos y sus palabras de embuste. ¿Un poeta maldito? ¡Qué se vayan al diablo esos hombres que no sirven para nada! ¡Sólo para molestar a los autores y embrutecer al público! Rosalbita Domínguez. La más linda de las niñas que había conocido en mis largas noches de bohemia. Delgadilla, blanca, tímida; los senos pequeños, redondos; elásticas las piernas; la mirada insondable; azul, como los mares el cristal de las pupilas y la peca inconfundible en el hoyuelo de la cara. Ella nos sirvió. Yo dije:

-Amigo, sepa que la quiero mucho. Aunque le parezca incorrecto reconozco que es la fuente de mi inspiración, de mis versos.

Uno de mis poemas, ‘Lucero de verano’, publicado por la Revista ‘Élite’, describía su hética belleza. La palidez marmórea de su rostro cincelado en material balsámico de dioses, su vida en el abismo: ‘Hoja delirante en los vaivenes del oprobio’, rezaba uno de los versos, probablemente el más sentido. ‘Columna de silencio puro’, decía otro. Descripción exacta de su tímido carácter.

Y el paisano (que de poemas no sabía):

-Ah, viejo capurre. ¡Qué matrero! ¡Que esta tarde me la birlo por joruma! ¡Vamos! ¿Cómo le hizo? ¿Cómo? –su acento era apremiante.

Me soltó una grosería que remató con un:

-¡Amigo, dígame el secreto!

Tomó de la cerveza y se frotó los ojos. Yo le dije:

-No le entiendo.

-El secreto, viejo. ¿Qué le pasa?

-Zamora... Si usted quiere decir... ¡Le advierto!... ¡Con ella no se meta!...

-Tranquilo, hombre... ¡No se ofenda!... ¡Un macho sabe respetar la propiedad ajena!

¿Respetar? Ah, si hubiese presentido entonces....

Por esos días, el Segundo Congreso Hispanoamericano de Escritores, lo había invitado a dictar una conferencia sobre la vida y obra de Charles Bukowski, el borracho indecente que escribió *La máquina de follar*, el mismo que decía haber escrito algunos poemas horribles y que, en muchas ocasiones, se ufano de poseer una honestidad fruto de las putas y los hospitales. Don Juan Diego pensaba que una moral formada en aquellas circunstancias no le habría permitido fingir algo que no era.

Al lado de su disertación sobre Bukowski, un escritor congolés habló del poeta ebrio, Omar Khayyam, el eterno adorador del vino. Las conferencias contaron con éxito notable. La del congolés tuvo mayor aceptación que la suya, ya que elaboró un paralelo interesante que tocó la vida del escritor británico

Malcolm Lowry, un espíritu oscuro y asolado también por los demonios del alcohol.

Una vez concluida mi labor, a mi regreso, apenas en la entrada de Pueblito Mejía, dijeron:

-La mataron... Perdone que se lo diga, poeta. ¡La mataron!

-¿A quién?

-A Rosalbita. ¡La mataron!

-¿Cómo diablos?

-Créame que lo siento, poeta.

-Al parecer tuvo un problema.

-Es lo que dicen.

-Uno de sus clientes intentó pasarse.

-¡El abusivo!

-Creyó que era mujer de compañía.

Sentí que el aturdimiento me dejaba sin aliento.

-¡Mierda! ¿Mujerzuela ella? ¿Cómo pudieron pensar?

-El tipo debió de equivocarse.

-¿Cuándo? –pregunté. La angustia sofocándome el cerebro.

-Hace veinte días. Cerca del puente de Los Colimotes.

-Fue en la noche, creo. Las autoridades no sospechan de nadie.

Pero alguien le habló de una cicatriz en la frente. De un hombre, delgado y curtido, que solía bajar de la sierra. Galopando en su negro caballo.

-El menta'o Zamora...

-El mismo –le confirmó un borracho.

-¡Lástima por su muchachita!

-Ese hombre es peligroso.

-Usted no lo conoce, poeta.

-¡Un cuchillero!

-¡Se ha llevado tres labriegos!

-Es mejor que lo deje en paz.

-¡Es lo mejor!

¿Dejarlo en paz? Era difícil. Pero lo intentó. Nunca fue un hombre violento. Y lo intentó. Odiaba las trifulcas y berrinches. Jamás compartió que los hombres se mataran por insulsas nimiedades. Aunque la muerte de Rosalbita Domínguez no era ninguna nimiedad. Estaba claro.

Y lo olvidé. Hasta esa noche... Cuando lo vi entrar como si buscara la muerte... ¡Ah! ¡Cómo si el dolor no fuese el mismo! ¡Cómo si toda la tristeza contenida aquí en el alma!

De una pared de la cantina pendía un espejo grande, limpio. En el espejo se movió la silueta de una persona que ganaba la calle, un individuo, seguramente borracho, que al cruzar el umbral se lo tragó la noche. Entonces Fernando Burbano empezó a cantar eso del príncipe a su modo y Julio Jaramillo, *No necesito amar, absurdo fuera, repetir el sermón de la montaña.*

Emilio, el cantinero, examinó la carga de sombra que se metía por la puerta. Afuera, la luz de las estrellas tiritaba con destellos azulinos. La claridad rielaba en las piedras que abundaban en la calle.

-Chicos buenos. Ojalá y se marchen pronto que no quiero desgracias de ninguna clase –murmuró, pasito.

En un extremo de la barra, un hombre de piel aceitosa, reía con estridencias de guitarra asmática, la dentadura postiza le bailaba en la jeta.

Por su parte, el menta'ó Zamora, embrutecido por el exceso alcohólico, empezaba a balbucear soltando incoherencias; fijó su mirada en el individuo de camisa blanca; inútil que la rubia siguiese empalagándolo con sus caricias vendidas, como queriendo domesticar una fiera.

El hombre de piel aceitosa pidió una cerveza.

-Y un par de cigarrillos –dijo, la voz grave.

En ese momento, el compa' Mendoza se incorporó gritando. Nadie le hizo caso, pero Mendoza esgrimió un revólver de regular tamaño. El rostro congestionado, fiero. De los labios le colgaban hilos de saliva oscura. Invadido por un ataque de euforia neurótica, chilló, más bajo y ofensivo que nunca:

-¡Patirraja'os ladrones! ¡Que hoy me siento Dios en esta fonda de mierda! ¿Quieren saber lo que es un hombre? Yo soy de la tierra donde las puertas se trancan con muertos y el tinto se calienta a plomo. En mi rancho, los niños juegan con calaveras como maracas de orquesta.

-¡Cállate! –le gritó el menta'ó Zamora.

El de la camisa blanca se raspó la barba. Tenía una barba negra y espesa, poco abundante. El de la piel aceitosa pidió un trago doble. El cantinero juzgó conveniente un poco de música ligera. Bastante se había calentado el ambiente.

-¡Perro miserable! ¿Qué te pasa? ¡Quiero música de machos! ¡No esa porquería! ¡De machos! ¿Me entiendes? –volvió a chillar el compa' Mendoza rematando con un “¡Cantinero hijueputa!” que se escuchó a media cuadra. Engatilló el revólver y soltó un balazo, el cual, reventó las tablas del techo abriendo un orificio de una redondez macabra.

-Ya párale –intervino el menta'ó Zamora. Parecía tranquilo. Se sacó el chambergo. Desenfundando el puñal, semioculto bajo el faldón de la camisa–. No es asunto que me incumba ni convenga, pero hace rato que te lo vienes buscando –dijo, luego.

El compa' Mendoza frenó en seco.

-Yo con usted no me meto –articuló, apenas.

-Entonces siéntate y no jodas –dijo Zamora.

Pálido, como si acabara de escuchar al mismo diablo, el compa' Mendoza en lugar de sentarse, abandonó el local humillado, la cabeza gacha.

Sólo que al menta'ó Zamora no le quedó otro camino. Poniéndose de pie, apartó a la rubia del vestido verde.

-Es mandato de la vida –dijo.

La rubia le agarró la mano.

-¿Por qué no dejas las cosas como están?

¡No! ¡No! Zamora no era un tipo que se anduviese por las ramas. Los testigos fueron tres: el de la piel aceitosa, Emilio, el cantinero y la putilla del vestido verde que, alguien dijo, se llamaba Rosa María. Debían ser las diez y treinta de la noche. Y los segundos resultaban angustiosos. Calculando cada paso, cada movimiento, previendo el error y la fuerza, Zamora (experto en el cuchillo) lanzó un tajo que rasgó la camisa del reconocido poeta don Juan Diego de García. Fue cuando éste se levantó con violencia y, lo demás fue

sangre, lamparones de sangre, bermeja y brillante que, como una mancha viscosa, se regó por el piso.

...Salió como si nada, calmo; se lo tragó la penumbra de la calle.

Meses después la Revista 'Elite' publicó un poema titulado 'Desagravios'. En él, el poeta de las putas y el veneno oscuro alcanzaba registros idiomáticos que, con otros versos, lo llevaron a la fama.

¿Del menta'ó Zamora? Su reputación de matón empedernido, murió una noche de luceros, allá, por Pueblito Mejía. Nadie se atreve a desmentir lo que se cuenta.

LIMPIEZA

I

Eran dos poetas que se conocieron a finales de la década de los ochenta. Se sabe que caminaban juntos en sus largas noches de embriaguez y marihuana, en la remota luz de una ciudad que olía a formol y que dormía con la conciencia tranquila y sin ninguna pesadilla. “Ah, las pesadillas, amigo, son un privilegio de los genios”, afirmaba el más grande de los poetas y el otro, un hombre bueno de manera que no era conocida, sabio en su silencio y grande en su miseria, quien había vivido las tragedias más humanas, respondía que sí: “Los sueños son la vida”. O como dijo Calderón: “La vida es sueño”, o Plutarco: “El sueño de esta mierda”. Aunque ellos no sabían si Plutarco lo había dicho o, contrariamente, lo habían inventado en uno de sus permanentes desvaríos.

Se los miraba conversando. Vestidos con insolencia. Hablando de sus fobias. Del miedo. De la locura colectiva. Se los encontraba por las calles, nómadas, selváticos, enlodados por la droga y el olvido.

Y la gente los esquivaba con recelo.

Había noches en las cuales el más grande de los poetas se acostaba y soñaba con su *Princesa de Loor* y la sonrisa de Cleopatra, sintiendo que lo besaban las putas más hermosas y las reinas de las cortes celestiales. Y, luego, sin dejar de ser un niño, se burlaba de la costumbre vieja de ir a misa y recordaba su infancia en las rodillas de su padre.

Una noche dormía y en balsámicas palabras –risa amarga, pocos dientes– evocó a sus poetas griegos y al río de aguas crecidas y amarillas de su tierra.

Se cuenta que, al despertar, su amigo, el que era sabio en su silencio, le dijo:

-Ya no sueñes tantas pendejadas que vas a perder la cabeza.

-El soñar es una audacia que se paga con la muerte –dijo él.

Natural y nada interesante. Una amistad común, como cualquiera. Sin más disgusto que un verso que no rima o la luz de una farola que se apaga.

Sólo que una vez fueron testigos de un suceso impresionante. Se habían emborrachado y caminaban por las amplias avenidas.

De repente, de un carro negro y sin placas, largo, como una carroza fúnebre, salió despedida una mujer; el cuerpo rodó por el asfalto y el vehículo aceleró, como sintiéndose culpable.

-¡Es Malena! –dijo el más grande de los poetas–. ¡La conozco! ¡Últimamente, trabajaba en los cafetines de la plaza!

-Lástima por ella. Es una pena, mas nadie debe involucrarse en asuntos de la calle –dijo alguien. Volvieron la cabeza. Un hombre de mediana estatura, corpulento, recio; el cabello recortado, liso, estaba a pocos metros. La cabeza le brillaba como un coco.

-Caramba, ¿qué le ocurre? No podemos olvidar que las almas en desgracia son nuestras hermanas –dijo el más grande de los poetas.

-Aquí no han visto nada –se ofuscó el tipo de la cabeza brillante y redonda como un coco.

Y el que era sabio en su silencio le respondió que después de todo no perdían nada con meterse. Se aproximó; también el más grande de los poetas. En los brazos la levantaron y miraron que sangraba y era, sí, Malena, una joven prostituta de ojos negros y cabello lacio. Con un tatuaje en forma de ancla marinera dibujado en la piel de la cadera. Tenía las piernas magulladas, un hombre que la maltrataba y varias cicatrices de quemaduras en el cuello.

El más grande de los poetas recomendó:

-El hospital de *La misericordia*, queda cerca.

-Está bien. El tiempo apremia.

En el silencio de las tres de la mañana, cobijados por una neblina salpicada de llovizna tierna, la llevaron hasta el hospital. Con angustia buscaron al médico de turno, ¡nada!, sin saber qué hacer con ella, solicitaron ayuda en la sala de emergencias. La atendieron dos médicos ceñudos; mas la sangre, a borbotones, le manaba de la herida. Al poco rato, estaba muerta.

No hubo investigación. No hubo demanda. No hubo amigos ni dolientes. ¿Quién se interesa aquí por una puta? El que era sabio en su silencio le pagó los funerales y el más grande de los poetas le escribió un verso. Uno de sus malditos versos, atroces, apremiantes, capaz de estremecer al más frío de los mortales.

II

Habían vivido al borde de la decencia, lejos de los complejos puritanos. Olvidados y olvidando, felices en su locura y escribiendo. No visitaban las iglesias porque allí los curas predicaban la palabra de Dios y a ellos no les gustaban los curas ni los partidos políticos que arrebañan a los hombres. Habían pernoctado en burdeles de putas feas como raposas y habían llegado a la euforia graduados en el delirio del alcohol. No eran hijos del pecado, eso para ellos no existía. Una noche se encontraban en una avenida de lípidos cristales, descansando. El que era sabio en su silencio era un hombre de contextura, delgada, fina, algo pintoresco en su vestimenta: camisas blancas que combinaba con pantalones anchos y una barba, más bien escasa, pero blanca también como la nieve. Y el más grande de los poetas, individuo de ojos grandes y rasgados, boca desdentada, sosa, los carrillos deprimidos, devoto del licor y la embriaguez que definía como un suicidio momentáneo. Aunque no se podría decir que fuese un hombre testarudo.

Esa noche, las palabras del que era sabio en su silencio retumbaban en el aire. Se acordaba de Raúl Gómez Jattin, el alucinado trágico del río Sinú. “*Los habitantes de mi aldea/ dicen que soy un hombre despreciable y peligroso/ y no andan muy equivocados/ despreciable y peligro/ eso han hecho de mí la poesía y el amor/ Señores habitantes/ tranquilos/ que sólo a mí suelo hacer daño. Sí, le gustaba Raúl Gómez Jattin a quien leía, casi a diario. El que era sabio en su silencio se recostó en una banca y cuando abrió los ojos, el más grande de los poetas estaba tirado, de espaldas (en una cuneta de la vía). Lo llamó por su*

nombre, una, dos, tres veces; no le respondió. Pensó: “Lo venció el sueño”. Quiso levantarlo, sacudirlo, y no encontró la fuerza, los brazos le pesaban y el aire le silbaba en los oídos. Debía estar soñando. “Ah, las pesadillas...”. Una voz dijo a su lado: “¡Orden de la segunda brigada nazi, comandante!”. Quiso levantarse, lo intentó, no fue capaz. El pecho se le llenó de un líquido viscoso. Y una pierna le dolió, como quebrada. Porque la pierna le dolía sabía que estaba vivo.

Minutos después el más grande de los poetas había desaparecido de su vista. Lo buscó por los contornos, nada. Entonces se acordó de la noche del 23 de Mayo del 97, en Cartagena, doce días antes de que cumpliera 52 años, Raúl Gómez Jattín había decidió tirarse a las llantas de un carro que no le perdonó la vida. Eso lo supo, por los diarios, y no sabía porqué lo recordaba en ese instante. Después cerró los ojos. Oyó pasos, voces; ciertas imprecaciones. El ruido de un objeto metálico al caer. Las llantas de un vehículo acelerando en el asfalto. Le faltó medir el tiempo, quizá pasaron horas. No supo en qué momento descubrió que las calles estaban vacías y las prostitutas lloraban, también los mendigos que estaban desnudos de los pies a la cabeza. Pero no era el mismo lugar. Las vías eran estrechas, tenebrosas. Un lugar distinto a las amplias avenidas. La brisa le golpeaba el rostro, revolviéndole el cabello. Y una hilera de eucaliptos formaba una muralla impenetrable. El vehículo parqueó en el fondo de un potrero, al lado de un riachuelo. Descendieron varios individuos de cabeza rapada. Al frente, el de la testa brillante como un coco. Sabiendo que su vida corría peligro, intentó pedir ayuda. Con esfuerzo sobre humano articuló una maldición; no tenía aliento. El dolor de la pierna le resultaba insoportable. *Este mundo está lleno de putas y mendigos y poetas que dañan a la humanidad*, dijo el de la cabeza brillante. Y el que era sabio en su silencio supo que era el fin. Los criminales descargaron un balazo en el rostro de un mendigo. Las prostitutas giraban en un remolino de espanto, sin atreverse a protestar. También los mendigos que parecían monumentos de miseria.

El que era sabio en su silencio, antes de perderse en la neblina de la muerte, cerró los ojos. El último vestigio de la vida le avisó que la limpieza social había empezado, que se prolongaría por décadas y que a nadie le importaba. Y ya no escuchó el último balazo... Tampoco supo que su cuerpo descansó, después, al lado de uno de los mendigos y el más grande de los poetas, a quien los criminales le habían destrozado la cabeza.

-¿Por qué se ensañó con los versistas, comandante?

-Mi hijo, les gustaba proteger a prostitutas.

Los diarios publicaron la noticia. *En la masacre que se perpetró en Segovia, al parecer por venganzas personales... etc, etc... nadie se hace responsable de los hechos... más etc... el presidente dijo... etc... por lo cual el caso se ha cerrado... etc, etc... un representante de la iglesia dijo que si... etc... los derechos humanos... etc, etc.*

EL TAITA BUENO
(Narración poética)

Nadie había pisado la tierra con pagano pie.
Bernardo Arias Trujillo

Tierra bendecida por la sangre de los indios,
tierra esmeraldina de titánicas montañas,
abrigaste en tus entrañas virginales,
pie y semilla, la esperanza de mil razas.

Nostalgia hecha terruño...
alimentaste sangre intrépida,
caudales purpurinos de vigor y de leyenda.

¿Recuerdas? Contemplabas las azules aguas
en límpidos remansos detener su marcha,
volar, caer, destrozarse en las pulidas lajas,
entre el azul caudal alas de espuma.

¡Angasmayo!, lo llamaste, él te entendió.
¡Guaítabamba!, a la llanura.
¡Gualcalá!, a la aurífera montaña.
(Voz de nobleza cantarina
en la vibrante claridad del mediodía.)
¡Guambuyaco y Huilquipamba!
¡Todos! ¡Todos te entendieron!

Te entendió la tierra porque montaña y río
llanura y cima, indio de los Andes,
coloso americano, únicamente a ti pertenecía.

Después todo acabo...
Vino el hombre blanco,
ungido por ignotos dioses
—avaro, voraz, inapelable—
sentenció: “No tienen alma”.

Mientras usurpaba tus riquezas
y trocaba en nada tus imperios

y mancillaba el pudor de las doncellas
con su gula lúbrica de torvo sátiro.

¡Y pregonaron la conquista!
¡Expropiación del indio americano!
¡Vulgar pasaje de la historia,
poblado de desgracia y salvajismo!

Hoy deambula el indio taciturno,
sin tierra, sin riqueza.
Descendiente del barro y de la piedra,
abrojo que se pierde en la maleza.
Desde los sórdidos bohíos
su grito lanza al viento.

Grito que clama, que suplica:
¡Tierra! ¡Tierra! –como gritara
el almirante aquel trágico día
desde la ilusoria carabela.

Grito que no es sólo grito:
Es el lamento del niño
lacerado por el hambre.
Es la nostalgia del hombre
nostalgia hecha terruño.
Es la lánguida mirada del anciano
en la rústica entrada del bohío.
Son los labios húmedos del párvulo,
húmedos pero sin sustento.
Es el callado sufrimiento
de la desdichada madre
al ver que el manantial del pecho
marchita su perlático alimento.

¡Tierra! –clama el indio Timoteo
y su voz metálica y helada
se estrella en los altivos picos
multiplicando un eco que retumba.

¡Tierra! –clama, pide, y su amargura
anidando la semilla hunde la pica
en el pardo vientre de la esquiva tierra.

Entonces suben los patrones
a castigar al insolente reo.
-¿Cómo te llamas?
-Timoteo Pasuy, mi patroncito.

La iracunda mirada del patrón
inyectada de crueldad lo acusa.
Al Timoteo Pasuy lo abruman
mil ideas llenas de sombra.

Patroncito –explica–
franjita de baldío
guaguas sin comida
pis yo sembrar maicito.

Vis cangagua en lado mío
cangagua pior ni cría
y guaguas llorar
llorar mucho pis patrón.

-¿Con que baldío, no? –brama
el patrón–. ¡Son mis tierras!
La mano. Un gesto. Una sentencia.
Del tenebroso vuelo el aletazo negro
estremece el corazón nativo.
¡Al Timoteo Pasuy atan los blancos!

En la puerta de una choza,
media docena de críos
asoman las cabezas.
¡Aterrados ven al taita
que en los pinos es izado!

Desgarrada la camisa,
en la desnuda espalda,
el sensitivo músculo
bajo la piel palpita.

Luego asoma una cadena
silba rasgando el aire
de la sierra andina
hasta chocar con la desnuda espalda.

Y una sangrienta rosa
con un gemido lastimero aflora.
Y otra...
Y otra...
La voz del sote maula le pregunta:
-¿Aún quieres tierra indio infeliz?

La cadena tiñese en sangre,
poco a poco,
arrancando un gemido,

largo y triste, largo y triste...

-¿Por qué no contestas?
Como una flama moribunda
por el viento sacudida
cimbra convulso el flagelado.
Va quedando, va quedando...

-¿Por qué no contestas?
Un silencio. Por las piernas
del indio resbalan varias gotas.
Calientes. Escarlatas.
¡Pero él no las siente!
Y a la pregunta del blanco:
¡Sólo hay silencio!

-¡Ja! ¡Vámonos que este ya ni boquea!
Apenas se marcha el patrón
la prole del Timoteo Pasuy
recoge lo que de éste queda.
Y se oye un lúgubre lamento:
-¡Achatay, mi taita lindo!
-¡Achatay, mi taita bueno!
-¡Achatay, mi taita pobre!
-¡Achatay, mi taita muerto!
Y maldicen a los blancos:
-¡Amu condenado! ¡Amu maldito!
-¡Ay, mi taita lindo!
-¡Ay, mi taita pobre!
-¡Araría, mi taita bueno!

Eran seis. Seis almas inocentes
que lloraron en la helada sierra.
Y que aún no comprenden la muerte,
la del taita bueno sin su tierra.

SOLIMAN

“Y les has dado el mando sobre las obras de tus manos”.
Salmo VIII, v. 7

*(Y los muertos, ¿cuántos eran?...
Pensando que los había mirado,
bajo la lluvia mortecina del páramo,
centenares, en las tumbas,
callados, como ella,
siendo parte del silencio,
de la nada.)*

Terminaba Junio de 1972, un mes ventoso y gris, como la mayoría del tiempo en Santa Elena de Valdivia. El Padre Masapanto todavía recuerda los golpes que le espantaron el sueño y lo obligaron a levantarse en sandalias, abrir la puerta y encontrarse con un hombre de regular estatura, que traía bajo el poncho un objeto empacado en periódicos viejos. Después de un breve saludo, son lacónicas las palabras de los hombres humildes, el tipo –canijo, encorvado, no llevaba barba y tenía los cabellos hirsutos y ralos– ingresó en la pequeña habitación iluminada con la luz de una vela. Depositó el objeto en la mesa donde el cura guardaba las cosas sagradas y dijo que había madrugado como todos los días al ordeño, que en el lugar donde los cerdos horadaban la tierra, un lechón de meses había hecho rodar aquella pieza del tamaño apenas de una mano, pero con la forma de una calavera de niño. El Padre, ilustrado en las Crónicas de Cieza de León, inmediatamente se restregó los ojos, preguntó que ¿cómo así? Y el hombre le explicó que el lechón –un montoncito de carne rosada y gruñente– hurgaba en los barbechos, removía las piedras.

-No supe cuándo apareció esa vaina que no sé cómo se llama, Padre, pero que si usted la mira brilla como si fuera de oro.

-Mire, Tobías, no se lo cuente a nadie. Lo mejor es que guardemos el secreto –dijo el Padre, sospechando el fondo de una realidad oscura.

Luego lo despidió con una magnificencia infinita.

El hombre, tímido y silente, se arremangó las perneras de los pantalones y, sin prisa, la silueta bamboleante, se perdió en la niebla helada que inundaba las callejas taciturnas.

Una vez estuvo solo, el Padre descartó la presencia de intrusos; no quería ser interrumpido por la pequeña Berenice. De tal modo que trabó la puerta interior que comunicaba con la habitación de la niña. Cuidadosamente deshizo

la envoltura, los periódicos. Al Padre le temblaron las manos; como lo había imaginado, la radiante calavera (“Pequeña y oval, como el corazón de un avechucho, la nariz, los ojos vivos”) pertenecía a un ídolo indígena, ¿piartal o tuza?, no lo podía determinar en ese momento. Recordó la fiesta de San Juan Bautista, su patrono. Debía preparar la Liturgia. Tuvo cuidado de guardar la pieza, entre sus ropas; en el fondo de un baúl desguarnecido. Luego ingresó en la habitación de la pequeña. Le sacudió los hombros; le pidió que despertara. Berenice abrió los ojos, atezados y brillantes; le ordenó que tocara las campanas con urgencia, y la niña obedeció. Vestida apenas, diligente, dirigió sus pasos hacia el templo que quedaba al otro lado del huerto. El Padre se acordó de las ortigas, inmensas y verdes, habían crecido, miles, cerca al pozo, en la majada.

Al poco rato, se oyeron las potentes campanadas, nítidas, vibrantes. Le pareció un inconveniente que la iglesia se encontrara separada por el huerto.

La niña regresó; estaba aterida.

-Cúbrete –le dijo el cura; le pasó una manta–. Quiero que mantengas la puerta cerrada. No te preocupes por el desayuno; lo tomo después de la Liturgia.

Se vistió. La sotana de un impecable blanco, bordada con filigranas de hilo dorado; sobre el cuello se cruzó la estola; se refrescó la cara con un poco de Aguaflorida de *Murray y Lanman* y, a continuación, salió con premura. Domingo. Día de feria. La neblina se cuajaba en los tejados, densa. El Padre pensó que debía tener cuidado. “Nadie debe sospechar lo sucedido. No es conveniente que se desate el escándalo”.

Cuando no quería cruzar el huerto, debía, como ese día, atravesar cuarenta metros por la calle. Al frente, en la vereda opuesta, la casona de dos plantas que alquilaba habitaciones; la fachada blanca de la Alcaldía Municipal, en el frontis la bandera sempiterna: el tricolor, inmóvil y en derrota, deslucido.

Al ingresar en el templo, luminoso y amplio, y adornado con dorados capiteles, en los cuales reposaban las Imágenes Santísima, el Padre encontró la bóveda central y el ara mayor singularmente abarrotados de flores. Centenares de rostros, mofletudos y gordos, se volvieron hacia él, le clavaron los ojillos diminutos, enseñados a encerrar sus temores, bajo el cerrojo de una timidez de siglos.

-Buenos días –dijo el Padre.

-Buenos días –le contestaron en coro.

La esposa del Notario se encontraba en la primera fila; también doña Felisa Mora; la del Viejo Alfonso, Isabelita Ordóñez; Doña Pastora Cordero, la mujer del Alcalde, abotargada y enana, como una mogolla, y malvada cual menos, también en la primera. En el ala izquierda, el Juez y Doña Silvia Barrera, la futura esposa de Gervasio Bustamante. Faltaba Consuelito Benavides. Pero si lo estaba María Ester Ordúz, la hija del boticario y, Antonia Ramos, una de las fiesteras de San Juan Bautista. Como quien dice la crema y nata de Santa Elena de Valdivia y unos cuantos campesinos pobres, gentes de acerbo destino que –en palabras del poeta– viven y pasan y sueñan y un día como tantos descansan bajo la tierra.

A punto de iniciar la ceremonia apareció un muchacho, jadeante. Los cabellos en espiga, con la piel lustrosa y escamada.

-Padre –dijo–. Manda a decir El Comisario que quiere hablar con usted.

-¿El Comisario? ¿Ahora? Dile que no puedo atenderle...

-¡Es urgente!

-¿Vida o muerte?

-¿Señor?

-Sólo en caso de vida o muerte. Pero, como tal no debe ser la urgencia, puedes decirle que me espere...

Indiferente, el muchacho se marchó en silencio. El Padre, maquinal, trazó una cruz sobre la frente. Los asistentes, mareados por el fino aroma del incienso que inundaba el presbiterio, se pusieron de pie; con respeto santurrón, se santiguaron.

En el Sermón, el Padre habló de las riquezas terrenales y del Cristo, Satanás y los Apóstoles. Expresó que era más fácil que un camello...

-... pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos.

Concluida la ceremonia, la procesión se dispuso a salir por las calles; en el frente la imagen de San Juan Bautista. Sólo que, el Padre, obedeciendo a un raro instinto, se internó en la Sacristía. En la puertecilla de entrada se topó con el Comisario.

-¿Qué ocurre? –dijo el Padre.

-La niña Berenice. No sé cómo decirle. Tiene que acompañarme... Robaron La Parroquia.

-¿Qué robaron? ¿Cómo?

-La Parroquia, Padre...

¿Se trataba de una broma de mal gusto? Berenice era una niña inteligente... ¿Cómo pudo suceder entonces?...

Santa Elena de Valdivia no recuerda si la procesión tuvo que ser interrumpida, pues seguido por centenares de curiosos, el Padre Masapanto atravesó la calle, el descampado, llegó hasta La Parroquia, y pudo comprobar que habían forzado la puerta de golpe que comunicaba con el huerto.

-¡Berenice! –llamó, una y otra vez; la voz potente–: ¡Berenice!

Pero nada.

Ingresó en la habitación. Lo que miró le produjo una sensación de abatimiento. Las velas, los papeles, el breviario, la ropa –la sagrada y la ordinaria– todo se encontraba sobre el piso, como si acabara de pasar un huracán. Le sorprendió encontrar la calavera en el único lugar donde jamás lo había esperado: justo encima de la Biblia. Pero si él la había guardado, ¿entonces? ¿Cómo? ¿Quién la había sacado del baúl?

Se limpió una gota de sudor que le perló la frente. Le resultó imposible que los centenares de feligreses, no fijaran sus ojillos pequeñines en la pieza que despedía resplandores áureos y naranjas, llenos de una fuerza misteriosa.

Curiosamente, todo estaba completo; nada le faltaba.

Doña Pastora Cordero se pasó la lengua por los labios húmedos, y dijo:

-¡Qué maravilla! ¡Por Dios! ¡Padre...! ¡No nos había contado...!

El Padre Masapanto conturbado expresó que esa mañana... En todo caso, sí, pensaba comunicárselo al Señor Alcalde...

-Es una pieza muy bonita –dijo la mujer, y la tomó entre sus manos regordetas, la acarició con sus dedos repulsivos, cortos y amarillos–. Debe

valer miles de pesos. ¿Dónde la encontraron?... ¿Dónde? –repitió la mujeruca, inquisitiva.

El Padre no supo qué decir. ¿Cómo negarlo?

-En finca de Elías Palacios –dijo, apenas.

El asombro se dibujo en los rostros de los curiosos, aceitunados y de pómulos salientes. A los pocos minutos, la noticia se regó, como un incendio.

-De tal manera que Elías Palacios...

-¿El hijo de Don Sebastián?

-¡El mismo!

-¿El de la Hacienda “La Floresta”?

-¡El mismo!

-Dicen que es el tesoro del Cacique –opinaron en la Calle Real.

-El Dorado que buscaban los conquistadores españoles –afirmaron en la entrada de la Iglesia.

Y en la Calle Tenerife (que por entonces no tenía ese nombre y era conocida como la Calle de los Muertos): el rumor iba en aumento.

El Alcalde se encontraba en su despacho cuando fue sorprendido por la noticia:

-Descubrieron el tesoro del Cacique; aluviones, laminillas de oro puro. El pueblo invade la finca de Elías Palacios. No hay quien pueda detenerlo.

-¿Cómo? –se exaltó el Alcalde, como si bajara de una nube–. ¡Explíquenme muy bien! ¡No les entiendo!

Miles de bocas le contaron que, esa mañana, el Padre, ¡Qué tremendo! ¿El cura Masapanto? ¡Vaya! ¿Por qué no se lo había comunicado?

-¿Están seguros?

-Sí, Señor Alcalde... ¡Muy seguros!...

-¡Las reliquias se encuentran a flor de tierra!

-¡Ah! –exclamó el burgomaestre. Se restregó las manos. Su olfato de cuatrero le advertía que la población acababa de perder su normalidad habitual.

Llamó a un Secretario, enano y seboso, y le pidió que redactara un “Decreto de Protección a las Riquezas Arqueológicas de Santa Elena de Valdivia”.

-¿Basado en qué? –dijo el Secretario.

-Hombre, en nada, en nada, y no pregunte. ¡Obedezca, carajo, que esto se puso bueno!

Solicitó la presencia de los Agentes de la Policía; cuatro campesinos de mirada turbia, timbones y angulosos, y una cara toda llena de sinuosas cicatrices. Pausadamente, les dijo:

-Vayamos hasta La Parroquia. Quiero hablar con el curita ese y, por supuesto, con Elías Palacios.

Salió con paso firme. Los agentes le siguieron, como perros de presa, en fila india, la nariz alerta, el pecho inflado. Un sol anémico brillaba con oscuros resplandores. La neblina iba cediendo.

El Alcalde tropezó con una multitud abigarrada y mañanera, que cruzaba por las calles empedradas y polvosas: hombres con montones de leña, hortelanos con huacales de gallinas, revendedores de cereales.

-Buenos días –lo saludaban, reverentes, a su paso, inclinando la cabeza; las mujeres vestidas de un luto riguroso, con enormes sombreros y pañoletas de

seda y alpargatas de cabuya –en el caso de los hombres– quienes sucumbían bajo el peso de abultadas ruanas.

-Buenos días –decía el Alcalde, y el piquete de gendarmes, los fusiles en las manos, las pupilas inyectadas, se mostraba indiferente.

En La Parroquia, la alharaca malsonante de los centenares de curiosos parecía la Torre de Babel, lejana, sorda. Apenas asomó el Alcalde se quedaron en silencio.

-¿Dónde está el curita ese? –preguntó el burgomaestre.

Nadie contestó. Asustados, se miraron como ratas al acecho. Un hombre dijo:

-Alcalde, si lo busca, el Padre Masapanto regresó a la Iglesia.

-¿Y eso? –rezongó el Alcalde, al observar la calavera, lúcida, redonda. Un brillo intenso sobre el parietal derecho.

-¡Ah, no cabe duda! ¡Es oro puro!

Alguien le dijo:

-¡Alcalde! ¡Se equivoca! ¡Eso es tumbaga! Una aleación de cobre y oro, muy común entre los indios.

-Creo que el Padre se lo quería guardar en su coleteo –dijo Doña Pastora Cordero, quien se acercó, como un insecto repelente, y agregó insidiosa–: Viejo, ¿qué piensas hacer ahora? ¿Por que no estarás dispuesto a quedarte cruzado de brazos?

-Mujer, no te entrometas –se exasperó el burgomaestre, la hizo a un lado y salió dando un portazo furibundo. En vez de tomar el sendero de la Iglesia, enderezó por un camino que, en el fondo de una hoyada, entre dos hileras de casitas grises, daba acceso a un callejón de mala muerte; el callejón, bordeando sementeras de habas y hortalizas y árboles frondosos, finalmente conducía hacia “La Floresta”.

Tobías Mera, bajo cuatro llaves, en la cárcel no lograba dimensionar su desgracia. Flaco, pálido, huesudo, deambulaba en la pequeña celda de paredes embarradas, olorosas a excremento. Berenice había desaparecido y, el Alcalde, sospechando un lado oscuro, había ordenado detenerle. En las angustias del encierro, el campesino recordaba la figura desmañada de la infante. Nunca había tenido el mínimo contacto con la niña. De ahí, la depresión y el nerviosismo que lo iban consumiendo. ¿Qué podía saber un pobre diablo como él de la Sirvienta?

La mañana del hallazgo el Alcalde, Mauro Silva, había asomado por la finca de Elías Palacios, gritando como un loco:

-¡Idiota! ¡Pudo contármelo a mí! ¿A cuenta de qué le fue con el chisme al cura desgraciado?

Con amenazas lo hizo confesar detalles. El lugar, los cerdos, la manera como vio las llamas de color azul, ardiendo, exactamente cinco noches antes, en el mismo lugar donde encontró la calavera.

Al día siguiente, cuatro policías armados, de la finca, lo sacaron, a empellones, le hundieron los cañones del fusil en las costillas. El Alcalde, en su

despacho, le anunció del mal que moriría si, en un término prudente, no aparecía Berenice.

-Esa mocosa no está en ninguna parte –farfulló el burgomaestre, y ordenó que lo metieran en la celda–. Hasta que aparezca la niña, posiblemente asesinada.

-Señor Alcalde, ¿cómo piensa...? –le dijo, Tobías, una noche, cuando el encierro se había prolongado más de lo debido–. ¿Es que acaso piensa dejarme morir como una rata?

La respuesta fue un violento culatazo descargado con sadismo, el cual, le fracturó una costilla obligándolo a aovillarse sobre el lado izquierdo. Allí empezó su muerte. Acurrucado, parecía un montón de sombra, abandonado en un rincón del calabozo pestilente.

Tuvo conciencia del desastre, ya cuando el olvido le roía los huesos devastados, y el Alcalde, sin un rumbo conocido, había partido con su esposa abandonando Santa Elena de Valdivia.

No supo si fue entonces, ¿o después de varios años?, que un borracho, detenido por escándalo público, se le acercó y le dijo que los muertos continuaban insepultos.

-Sepa –aseguró, la voz pastosa–. Es preferible estar detenido que mareado por la hedentina de unas calles inundadas de silencio.

Y aunque no le quedó claro, si el borracho deliraba o le estaba revelando el episodio de una historia infame, tuvo la lucidez suficiente como para sospechar que algo grande estaba sucediendo, allá, en el pueblo.

Lo que inicialmente constituyó una noticia local, después de algunos meses se convirtió en lo que afirmaron los cronistas: el escándalo de la década en Colombia. Pues cuando un despistado periodista preguntó por Berenice y un campesino contestó que esa mañana, sí, una calavera del tamaño de una mano, lúcida y pequeña, la noticia por su trascendencia rápidamente rebozó los linderos patrios. Revistas, prensa, radio y televisión, a grandes titulares, con o sin fundamento, pregonaron que en las calles de la vieja Santa Elena de Valdivia los niños jugueteaban con pepitas de oro o mullos, como los niños del Transvaal lo hicieran con diamantes. El insólito insuceso abrió las llaves de una riada impresionante. Centenares, miles, de gUAQUEROS atraídos por las posibilidades de un tesoro fabuloso, que podía volverlos ricos de la noche a la mañana, llegaron de todas partes en caravanas somnolientas. Se hospedaban en la casa de dos plantas que alquilaba habitaciones, transformada, a la sazón, en un oscuro colmenar de piezas grises. La historia oficial –varios curas de sotana y desgastados bayetones escribieron sobre el tema– dice que la casa dio abasto a 792 gUAQUEROS, que los demás se hospedaron en pocilgas de segunda mano y, otros, levantaron toldos en las tierras pródigas, cercanas al Filón de Urbina. Pululaban rostros de condiciones diversas. Pero todos parecían movidos por un solo resorte: la ambición, el hambre, la codicia.

Según un testimonio de la época, eran hombres de inquietante catadura que, afiebrados, con herramientas especiales excavaban la tierra, levantando cantidades de arenisca mezclada con huesos en descomposición, en donde de

verdad había cuentas de oro desprendidas de los pectorales, chaquiras y corazas indígenas. En una de las tantas tumbas, alcanzando una profundidad de quince metros, se descubrió un tesoro que contenía 10 pectorales de oro, un caracol marino, ocho ocarinas, seis flautas, varias narigueras, pendientes triangulares, pájaros y monos elaborados en barro. Piezas de una cerámica parlante que, la avaricia y la ignorancia, hicieron desperdigar por todo el mundo.

El Padre Masapanto, sintiendo amenazada una riqueza que, en un comienzo juzgó suya, no tuvo otro camino que aliarse con el Alcalde y su mujer que era un demonio. Si bien al Párroco le había extrañado la desaparición de Berenice, como es frecuente en estos casos y, es común entre los hombres, pronto se olvidó del infortunio. Sólo un periódico sin importancia dijo que debió ser asesinada cuando intentaron robar La Parroquia, pero que el ladrón afortunadamente se encontraba a buen recaudo.

En el vórtice de las ambiciones, no había tiempo para los reparos. Un concejal de Santa Elena de Valdivia afirma que hubo un hombre que en sus noches de parranda las botellas de licor que iba libando las pagaba con bolitas de oro del tamaño extraordinario de los granos de la nuez madura.

Ante tanto desparpajo, se escucharon las protestas:

-¡No podemos permitirlo! ¡Están saqueando nuestra historia!

-¡La herencia de nuestros antepasados! –se lamentaban, a voces, los paisanos.

Incluso, el Padre Masapanto en los sermones, con el templo colmado de fieles y la voz apocalíptica, había dicho que Dios era severo con los infieles que cavaban en las tumbas de sus antepasados.

-El Reino de los Cielos es el justo premio para los humildes que reniegan de las riquezas terrenales.

Todavía se recuerda el dedo apodíctico bailando ante los ojos de los tristes campesinos. Las palabras duras, recias. Las venitas de los párpados azules.

-¿Cuántos de vosotros? ¡Mírense a la cara! ¿Cuántos no habéis sentido la tentación del demonio en los últimos tiempos?

En honor con la verdad hay que decirlo: La habían sentido y varios, en las veredas y en el campo, en Santa Elena de Valdivia toda. Sin embargo, caso, sólo hicieron los humildes. Porque los Barrera y Bustamante, los Martínez y Vanegas –la clase pudiente de la vieja Santa Elena de Valdivia– continuó excavando por su propia cuenta.

En una sola noche, diez o quince tumbas eran perforadas encontrando, casi siempre, anillos de plata, cinturones, ocarinas, laminillas de oro, restos fósiles, tumbaga.

La policía, el ejército, la Defensa Civil que llegó (se supone) a resguardar la zona también hizo su agosto. A ellos se sumaron, investigadores de la talla del Doctor Camilo de la Ossa y María Victoria Uribe, antropólogos que engañaron con descaro y se llevaron las mejores piezas.

Es difícil afirmar hasta qué límites insospechados habrían llegado los saqueos, si Doña Pastora Cordero, ¡Alma de Dios!, no hubiera tenido la idea que a Santa Elena de Valdivia transformó en un mito y que hoy –al final de los tiempos– sólo Berenice puede recordar, así las mortales consecuencias hayan marcado el destino de los más ilusos para siempre.

Una tarde, veinte años después, por la calle cruzan y desfilan elegantes caballeros, los peugeots, los convertibles. (“Según dicen, carros modernísimos llegados de Norteamérica y Europa”.)

Una mujer viste de negro. Es una mestiza larga, flaca, tiene los cabellos lacios y los huesos sólidos, flexibles. Algo de irreal le flota en el semblante.

-Como le venía diciendo, ese día se mató el curita Masapanto.

Con pausado movimiento, se acicala los cabellos.

Berenice la contempla de soslayo. No puede ser de otra manera. Epifanio la ha situado, casi al frente de una colección de libros encuadernados en un rojo cartón.

La ventana se proyecta hacia la calle. En el cristal pulido hay un aviso:

Almacén y Librería
“El Quijote”
La lectura es el camino.

Berenice mira parte del asfalto negro de la calle; el interior del almacén. A la mujer que dice:

-Era un día de mucha lluvia. Mi marido regresó con la noticia. “Finalmente reventó la bosta infame”. Debo reconocer, lo dijo con un odio contenido. Teníamos razones para odiarle. ¡Nuestro único hijo! ¡Fue terrible! Siempre esperando su retorno. Pensando siempre: ¡Cualquier día de estos aparece, viejo! Pero, ¡qué iba aparecer el pobre!... Después el viejo y yo nos hundimos en la desesperanza... ¡No pudimos soportarlo!... Lo habíamos visto partir con los demás guaqueros...

La mujer hace una pausa. Con la mano limpia el rostro y continúa de esta manera:

-Se llamaba Eduardo... ¡Mi Eduardito!... ¡Ah, bello mi pequeño querubín!... Parece que lo envenenaron. ¡Yo no estoy segura de eso!... ¡Se dijeron muchas cosas! ¡Conjeturas! ¡Qué el Alcalde tuvo la culpa! ¡Qué no! ¡Qué fue el curita Masapanto! ¡Qué la ambición de los guaqueros!... ¿Quién puede saber lo que pasó realmente?...

Berenice piensa: “Ahora dirá: Su cadáver desapareció, como los otros. Lo lanzaron al barranco del Filón de Urbina”.

Sin embargo, la mujer no dice nada. Enjuaga el llanto. Se marcha del local. Desaparece.

-Uno de *Dickens* –dice un nuevo comprador dirigiéndose a Epifanio.

El anciano, claramente, con la voz baritonal, contesta:

-Tengo el *Davis Copperfield*. ¿Le sirve *Oliver Twist*? O si prefiere, la *Canción de Navidad*. Es una obra muy bonita. Lo aseguro.

A veces, suenan tres monedas en el mostrador. A veces, dicen:

-*Queremos tanto a Glenda*. Los cuentos esos. Sí, del argentino. ¿Cuánto cuestan...?

En un principio, no podía saber que eso se llamaba Literatura. Tuvo que transcurrir largo tiempo, escuchando las mismas palabras, descifrando los

mismos signos, interpretando las mismas voces, para entender que la Literatura era un invento que sólo les interesaba a los estudiantes del Colegio Loperena y, a unos cuantos profesores, ojerosos por la marihuana.

Berenice todavía conserva el recuerdo de la tarde en que la trasladaron al Museo "Pérez Galdós", como el único testigo que sobrevivió al desastre de los tiempos milagrosos del hallazgo. En ese entonces, los libros se vendían en las esquinas como pan caliente. Ella en el Museo y los libros en las manos de estudiantes, periodistas, profesores, hortelanos, que cambiaron sus costumbres agrarias por otro sentido de la vida.

Un día regresó al almacén y continuó asomada a la ventana, era su mundo. Epifanio la situó en ese calorito artificial de tafetanes y crespones. Desde aquel lugar miró los verdes pájaros cruzando el aire turbio. Las grises, esponjadas nubecillas, el macizo oscuro de los árboles enhiestos. A veces, los gorriones se perdían por el lado oeste de las volcaneras, como coronando los picachos blancos, las planicies ondulantes.

Era cuando Berenice pensaba que nada le importaba. Había dejado de importarle desde cuando las necesidades vitales desaparecieron de su cuerpo y, por primera vez, se sintió intemporal, esperma, origen; un estar imperturbable en el silencio de los tiempos.

¿Y los muertos cuántos eran?

Recordó el montón de huesos amarillos, húmedos, roídos, los huesos de Tobías que, sin más averiguaciones, un Empleado del Aseo Municipal entregó al Fiscal de turno. Le habían llamado la atención por la posición fetal, en la cual se habían articulado, como si el hombre al ingresar en el adiós postrero, hubiera acurrucado en su regazo algún pedazo de zozobra o de ternura.

¿Y los muertos cuántos eran?

No, no recordaba.

Y es que tal vez nunca lo sepa, Berenice, porque el tiempo que ha continuado girando en torno de las cosas, deshaciéndolas, transformando las raíces de la vida, envejeciendo los rostros de los curiosos que llegaron sin comprender el fondo del misterio, de tanto vivirlo, como una carga sombría, aquel tiempo inapelable terminará también a ella, confundiéndola, extraviándola, convirtiéndola en parte de una encrucijada cada vez más grande, sin límites, ni espacio. O tal vez (todo es posible) cuando finalmente logre descifrar su nuevo estado, habrán transcurrido tantos años que quizá ya ni recuerde las facciones del Alcalde y el curita Masapanto.

(...Piensas, royendo los recuerdos en la esquina de la sala: todo ha concluido y tomas el lazo entre tus manos, áspero, nudoso; no escuchas la fina lluvia en los cristales. El bullicio de la gente. Tú la bosta infame, ahora lo sabes. Siempre fuiste un cobarde; una determinación exigía riesgos, más tu vida sólo estuvo llena de prejuicios, de ambiciones. Te defines, un manipulador, un negociante, un maestro de la intriga y el soborno. Quieres habitarte de silencio y tienes miedo, te recorre el cuerpo, las entrañas; no entiendes si el rencor de los hombres es más fuerte que el poder de Dios, ¿lo entenderás en el último segundo? Lo recuerdas. Los insultos, los agravios, la ironía de los hombres que

volvieron y te encontraron en La Parroquia, abandonado, aferrado a la esperanza de una vida, sin fortuna. Te acusaron. Eludiste tu responsabilidad, te refugiaste en la caridad de un ancianato y, lentamente, en ese infierno, como una moneda que se pierde, desechaste tu mayor pecado, lo olvidaste al entender que las circunstancias se habían salido de tus manos.

Desde todo punto de vista la propuesta era indecente, mas ¿quedaba alternativa? Sólo que el veneno, ¡Dios!, podía tener su riesgo. Pero, claro, la estrategia:

-Solimán, ¿no le recuerda algo esa palabra?

-¡Magia! ¡Muerte! ¡Qué sé yo...!

-Solimán –dijo el Alcalde–. El golpe de mal aire que termina secando la sangre de los guaqueros; más de un muerto ha producido, por descuido.

Ahora piensas que pudo ser un desvarío de tu memoria, ¡vaya absurdo! Doña Pastora Cordero estaba allí, frente a tus ojos. La miraste apoltronada en un sillón de felpa, rígida, violácea, atortugada y macilenta. Parecía una tempestad de fuego. Su marido había tenido que soportar el escarnio público. “¡Alcalde! ¡No sea pendejo!”, le había dicho Don Gervasio Bustamante, al exponer lo que él llamó el “Decreto de Protección a las Riquezas Arqueológicas de Santa Elena de Valdivia”. Además, hay que decirlo: Desde el púlpito tampoco habías logrado mayor cosa. De tal modo que no quedaba alternativa. Lo aceptaste; no opusiste resistencia. Y ahora quieres olvidarlo todo. El Evangelio. Se te habló de la balanza. Te dijeron: la balanza falsa le es abominable; el peso justo, eso le agrada. *En mis manos están, la gloria y la simiente que alimentan el alma de los hombres, pues más valen mis frutos que el oro y las piedras preciosas de la tierra.* Abominable le es al Señor el labio mentiroso; el que obra el bien, ese le agrada. *Por la bendición de los justos la gran ciudad será ensalzada; mas por la lengua de los impíos quedará en ruinas.* ¡Como se halla tu rebaño! ¡En ruinas! ¡Acabado! ¡Ese que tú elegiste para que fuera tu rebaño!

Tal vez, por eso, quieres olvidarlo todo. Sabes que le es abominable el proceder del impío; es amado de Él aquel que sigue la justicia. Su justicia, no la tuya. La que inventaste para reinar sobre este mundo. ¡Dios! ¡Qué atrevimiento! ¡La inventaste! ¡La moldeaste! ¡Como si se tratara de un pedazo de melcocha! Te convences de que debes acabar con ese infierno. Tu mentira. Es lo mejor. Recuerdas la luminosa calavera. La esplendente. Lo único que no quieres olvidar. Que conservarás en la memoria pese, a que no la miras, desde los remotos tiempos del hallazgo. ¿Se la llevó Epifanio? ¿A dónde? No; no estás seguro. Corres la cortina; miras los rosales húmedos y nuevos, que han crecido en el jardín, las azucenas. Cruzan pájaros huyendo. El temporal arremolina hojas oscuras. Tiemblas, una voz llega de lejos. “Son las cuatro de la tarde”, afirman. Seguramente en el pasillo. Observas los tejados rojos, el viento bronco muerde las ventanas, gime. Un perro flaco pasa por la acera opuesta. Se miran las fachadas de las casas adornadas con espléndidos jardines, parte de la Plaza Alfonso López; más abajo, Peñaranda, un poco al norte, Santa Gracia. En Siete de Agosto, el Café de San Isidro y el Colegio Loperena. Piensas en la niña, la pequeña formaba parte de tu vida, ¿la recuerdas? ¡Por supuesto! ¡Y él pagó la culpa! No lo olvides: Le hiciste pagar la

culpa. Reconoce: Lo inculpaste con la complicidad del leguleyo del Alcalde. Pero, ¿él la asesinó realmente? O, ¿qué pasó con Berenice?

No, no es tu problema. Sientes miedo, fobia. El miedo, el resquemor que te castiga. Sabes que la determinación resulta irrevocable. No puedes dar la marcha atrás. Y te arrepientes, te resistes, ¿para qué pensar en ello? Sudas. Otra vez el lazo entre tus manos, dócil.

Recuerdas al Alcalde, el muy imbécil. Ese día apareció por la Iglesia; dijo, Padre, jamás pensé que ese veneno, porque habían utilizado arsénico, puro, vaporátil, ¿y los muertos?

¿Cuántos eran?

¿Cuántos eran?

Se calculan... ¡Estadísticas inútiles!... ¡Una estadística es variable!... Es lo que piensas... Lo recuerdas... Bajo la lluvia mortecina del páramo, centenares, en las tumbas, las mujeres y los niños, callados, como ella, siendo parte del silencio, de la nada... ¿Suplicarles el olvido? ¿Su perdón?... ¡Qué te perdonen!... Santa Elena de Valdivia, Dios, ¡la desmemoria!... Sí, ¡qué te perdonen!... ¡Qué te olviden!... ¡Qué te abran un espacio ilímite en el tiempo!...

Sufriste un sobresalto aquella tarde cuando derribaron la cárcel para construir el Colegio Loperena y un Empleado del Aseo Municipal descubrió los huesos amarillos, ancestrales y roídos.

-Son de un perro –le diría al Fiscal, sin comprender que era tu hombre, el campesino insulso que encontró la calavera... el paisano que adoptó la postura de un hombre en derrota y continuó aovillado, agonizando...

Recuerdas que Epifanio, valeroso, se opuso a tus designios. Dijo que no entendían, carajo, que el pueblo no podía olvidar esa masacre, que el Padre podía ser lo que fuera, pero que a él la verdad la piedad no le alcanzaba. Y lo dijo para que lo escucharan en el atrio de la iglesia, los humildes campesinos, las mujeres embozadas en oscuros pañolones. Entonces comenzó la pedrea violenta. Llena de odio. ¡Víboras de sacristía! Gritaron:

-¡Que escarmentara el miserable!

-¡Por Ateo!

-¡Perverso!

-¡Y mala sangre!

-¡Que se pudra con su mierda!

Y él corrió; tuvo que refugiarse en su almacén. Tú lo recuerdas. Allí llegaron las serpientes con las piedras en la mano. Y él les dijo:

-¡Idiotas! ¿Cuándo romperán con su silencio?

Contestaron:

-¡Cállate!

-¡Matrero!

-¡Hijo del Diablo!

Tus divinas e insidiosas protectoras. Piensas en sus rostros húmedos, brillantes; taciturnos y cargados de cinismo. Pero, sí, definitivo: ya no estás para recuerdos. Además, ya te juzgaron. Las mujeres y los hombres, ¡ja!, te dices, no les queda otro camino. Y piensas que te habrán perdonado, como seguramente lo harán con el Alcalde, pues al desaparecer tú, la bosta infame, desaparecerá el eslabón que les recuerda su pasado. Y te lo agradecerán, eternamente, no importa que el lazo te reviente el cuello y digas, en el último

segundo, arrepentido, ¡en tus manos encomiendo mi espíritu!, antes que tengan que descolgarte de las vigas de la sala con la lengua afuera, amoratada... arrepentido...)

Doble cuenca eternizada en las orillas de la sangre. Siendo un doble círculo, mirada circular y penetrante, recuerda que hace mucho tiempo soñó con ángeles perversos. Ella caminaba por el borde de un desfiladero repleto de zarzales y de espinos. De repente, los ramajes la atrapaban de las piernas y la hacían rodar por la pendiente. La postraban frente a centenares de ángeles, salidos de los cuadros de la Iglesia. La amenazaban con las pailas del infierno.

Y, una voz le dijo, suavemente, en el oído:

-¡Berenice!

Entonces despertó con un sollozo contenido. Se restregó los ojos. Y era el Padre, vio sus manos blancas, la mandíbula afilada; el cura dijo que debía tocar las campanas con urgencia. Recordó la fiesta de San Juan Bautista. Se vistió, salió; cruzó el pequeño huerto. Estaba acostumbrada al frío que era cortante y vertical; a las ortigas que mordían las piernas, los tobillos; a la gélida circulación del aire turbio. Subió la escalerilla, en caracol, que conducía hacia el campanario. Un murciélago volaba en el espacio deprimente. El ruido de las ratas se confundía con el crujir de los peldaños, que cedían a cada paso. Demostrando fortaleza –las manitas encrespadas, ateridas– hizo sonar las campanas, grandes, como tinajas, las cuales, perforaron el silencio con un tang sonoro y firme. Se quedó sentada en un bordillo, descansando. La neblina se cuajaba en los tejados, densa. Supo que, posiblemente, había llovido hacia la media noche. Lentamente, regresó sobre sus pasos. El camino siempre lleno de jarales y de ortigas.

-Cúbrete –le dijo el Padre, a su regreso–. Quiero que mantengas la puerta cerrada. No te preocupes por el desayuno; lo tomo después de la Liturgia.

“No me demoro en preparar un poco de café”, pensó; nunca lo dijo. El Padre se marchó, impecable; y, ella, la limpieza diaria, comenzó por la trastienda. Luego el dormitorio. Allí observó el baúl, la cama y el espejo; los periódicos, untados de una arcilla amarillenta. Con sus páginas formó un rollito: lo arrojó, lo hundió, en los desperdicios. Levantó los pantalones, se encontraban en la silla; cerca de la puerta, los colgó en el bastidor de la salida. La pequeña bacinica, las sandalias de correas y hebillas, ya vetustas, fueron ubicadas debajo de la cama. Estaba por salir, cuando fijó la mirada en el baúl (“Era cuadrado y ocupaba un extremo de la habitación”) lo destapó con parsimonia... No supo si fue entonces que comenzó a sentirse en ese adentro–afuera, que era como estar en ninguna parte o como encontrarse en todas partes, sin presencia física ninguna. Primero, en la casa del Padre y, luego, en la ventana, en aquel rincón de maravilla, al lado de unos libros que jamás había leído, pero que imaginaba llenos de historias y misterios, libros que se fueron acumulando años después de los hallazgos, cuando el pueblo se cansó de sus fantasmas y sus miedos y empezó a sentir que le dolía el silencio. Libros censurados por el Padre Masapanto, páginas de fuego, el detonante, el comienzo de la luz en el camino;

libros que fundaron la época de los Centenarios, en el barro, en los escombros de aquel pueblo miserable.

Recordó que en esos años la ciudad no era más que un montón de casas muertas, sucias, sin un orden, que la vida se medía en las ambiciones de las viejas que asistían a misa los domingos y salían empapadas en el agua bendita de las seis de la mañana. El Padre Masapanto era un glotón desaforado que comía verduras frescas, le gustaba el pan con queso, los chorizos, los cereales, las legumbres y las papas curipambas. Recordó a las viejas mujeronas de una voz terrible y acuciante. Las miró paradas en la puerta. Los rechazos de Epifanio. Las mujeres con las piedras en la mano. El rudimento de mujeres beatas, débilmente silueteadas en el tiempo; las miró, energúmenas. Y, luego, sin querer, las vio perderse en los caminos de la sombra.

Doble círculo, mirada circular y penetrante, finalmente, se acordó que la mañana del hallazgo con la mala idea de hurgar en el baúl descubrió la calavera. La tomó entre sus manos, delgaduchas, febles; la dejó caer sobre La Biblia. Inmediatamente, en medio de un cataclismo sideral que sacudió la habitación, se sintió transportada, reducida a esa eternidad que no acababa nunca, a ese espacio donde la verdad se confundía en el tiempo y la amargura de la muerte carecía de nombre. Lejos de la realidad mundana. De la memoria hacia el olvido, marchando irremediamente. Siendo la única persona que logró calcular los muertos, que los supo calcular, después de que las viudas y los huérfanos desfilaron con los ojos lacrimosos por la tienda de Epifanio. Después, mucho después, de que el curita Masapanto fue bajado de la viga, con las huellas de terror en la mirada, las dos manos encrespadas, y vencido.

Ella, pensamiento puro, contemplando el lomo adusto, descarnado, el cuerpo de Epifanio, allí, parado, transparente, como un retazo de luz en la penumbra. Un Epifanio triste que la mira desde la otra sombra, más allá de los recuerdos y la muerte. Un Epifanio irreal, o de otro modo, inexistente, o tal vez desde un principio, perdido en su vacío, como en la nada. Un Epifanio –¡en últimas!– que la hace comprender que es también la sombra pasajera de un recuerdo evanescente que se va perdiendo en el espacio. Disgregándose en el tiempo. En la luz ecuánime que con llamaradas hondas la enceguece; la hunde en el letargo final donde perecen los recuerdos, se disuelven, como en olas cristalinas, en un tibio balanceo, sin referente; y una voz le dice que eso no puede ser ella, que es tan sólo un espejismo, el golpeteo de su pasado: *“Siempre he sido mi pasado. Desde siempre y para siempre”*, se responde, se imagina que responde, en la mirada circular y penetrante, en el espacio imaginario de un estado ambivalente. En la zozobra. En el comienzo de la noche, donde no habrá más tinieblas. Donde no habrá más alba que despunte. El comienzo de la noche será eterno.

CONCLUSIONES

La producción literaria, en esencia, es un trabajo distinto a los procesos de investigación; difiere fundamentalmente en la metodología de realización y en el planteamiento de objetivos. En este tipo de trabajo todo es experimental. No por ello, se puede concluir que sea una labor que el autor deja al azar. Al contrario, la labor es rigurosa, se sumerge en espacios de conocimiento epistemológico que, en muy pocas ocasiones, linda con el pensamiento racional. Los cuentos que forman parte del presente trabajo de grado, como se lo expuso en la sustentación del mismo, cuentan con un carácter etnoliterario entendido como la exploración de la condición humana en su más amplio espectro. Toda literatura es etnoliteraria, casi que resulta redundante hablar de etnoliteratura; más todavía cuando el mundo se enfrenta a problemáticas de mayor complejidad, donde la literatura debe comenzar a explorar dichos espacios de conflicto y de profundo dolor existencial. La etnoliteratura entendida como el método de análisis del discurso literario, fuente de conocimiento en el estudio de la diversidad sociocultural, que, de alguna manera, reivindica el discurso literario y la oralidad, que se producen en los espacios de marginalidad, pierde espacio si no reivindica, primero, el discurso del otro. No sólo es etnoliteratura, lo indígena, lo afro, lo gitano, etc., también lo es lo blanco, lo central, lo dominante. Los textos literarios no se hicieron para reivindicar ideologías. El primer compromiso lo asumen con la estética; es su eje y su norte. Lo demás son lecturas a posteriori que se realizan, en entera libertad, pero no muchas veces con acierto. Con el presente trabajo, de alguna manera, se reivindica la dimensión etnoliteraria desde el punto de vista del otro, que no tiene necesariamente que coincidir con la ortodoxia. Cada una de las historias planteadas asume la condición humana, es decir, explora al individuo como parte de una tribu o de una raza. Son temáticas y estilos diferentes, en un plan de alcanzar cierto grado de visión de las múltiples facetas del conflicto etnoliterario. No se lo logra; es evidente. Pero hay también que tener en cuenta que la literatura (así, a secas, sin lo etno) es un intento permanente que, en la mayoría de los casos, no alcanza los objetivos propuestos. Lo valedero, en todo caso, es la aventura de escribir, y reescribir como se ha insistido desde un primer momento.

RECOMENDACIONES

No son muchas. Leer un cuento es una decisión personal, done el lector actúa como cómplice del escritor, y lo sigue en la trama que le propone y en el mundo que le revela ante los ojos. Se puede leer de maneras distintas –las lecturas posibles son numerosas como los lectores posibles–, lo único que se pide es que se lo realice en un momento de reposo partiendo del hecho que la lectura de placer, ya sea de cuentos, poemas o novelas, esta hecha precisamente para rescatarnos de la cotidianidad y sumergirnos en espacios imaginarios. No se trata de otra cosa. Lo demás es juego, lúdica, verbalidad, manejo de intenciones secretas a las que el lector suele entregarse como un débil corderillo. Claro que el lector, en muchas ocasiones, es más sagaz que el escritor –y como debe ocurrir con estos cuentos– lo supera y lo deja en evidencia, señalándole sus fallas que, por miopía, el escritor no vio en sus momentos de creación. En todo caso, nada se ha perdido.